

Artículos varios

Gustavo Adolfo Bécquer

Recopilación de Jaquelina Tesei

Noviembre 2024



LIBROS CON ATENEA

www.librosconatenea.es

Título. Artículos varios

Autor. Gustavo Adolfo Bécquer

Editor. Jaquelina Tesei (Noviembre, 2024)

Imágenes del interior: Jaquelina Tesei y Fran J. Tapia Lobo

ISBN: 9789403771595

Registro Propiedad: 2411080051314

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, cubierta y textos solo puede ser realizada con la autorización de Libros Con Atenea, titular de los derechos de la propiedad intelectual y recogidos en la Public Law 110-403, 122 Stat. 4256 (<https://wipo.int/en/text/173563>) y en Ley 21/2014, la Ley de Propiedad intelectual (<https://www.boe.es/eli/es/l/2014/11/04/21>)

NOTA EDITORIAL

Por Jaquelina Tesei

Antes de hablar de Bécquer, el gran escritor del romanticismo español, y autor de las obras que en este libro van a leer, quiero que conozcan la historia de esta publicación que forma parte de las Colecciones especiales de Libros con Atenea:

Lo que aquí van a leer es mi primer libro editado, empresa que pude llevar a cabo de la mano de Fran J. Tapia Lobo, a quien agradezco por darme la oportunidad de hacerlo con su guía y ayuda.

Soy una argentina de raíces europeas, quien siempre fue tras sus sueños, así significara salir de la zona de confort y empezar de cero (varias veces). En este caso no tuve que retroceder al km 0, pero sí atravesar una serie de obstáculos hasta llegar a un encuentro que sería el inicio de los pasos que me llevarían a cumplir, poco a poco, el sueño de ser editora.

Es necesario aclarar que este trayecto ya lo comencé en la ciudad donde resido, Rosario, trabajando con Sergio y Alberto, de CGeditorial, ocupándome de correcciones. Y acá en Madrid, con Fran, lo pude llevar al nivel que tanto deseaba, el del libro digital.

Al comienzo no tenía muy claro cuál era la tarea de un editor, pero me empecé a interesar y a leer todo lo que llegaba a mí para hacerme una idea de esta tarea. Por supuesto que llegué a la conclusión de que la mejor manera sería estar dentro de una editorial y “experimentarlo”, como lo he hecho con tantas otras actividades en mi vida. De esta manera llegué a Ciudad Gótica (CGeditorial), y desde ese momento mi vida transcurrió como una gran bola de nieve.

En España el tiempo se ralentizó un poco, porque nada fue fácil, atravesé momentos en que sentí una gran angustia, y creo que esto, junto a mi alma ciertamente romántica e identificada con Bécquer, me llevó a elegirlo. Además, porque lo amo con toda mi alma desde mi adolescencia. Este romántico que supo fotografiar con palabras (e inmortalizar) su época y todo lo que ingresó por sus retinas, ávidas de transformar aquello que veía en “poesía”.

Todos conocemos sus rimas y leyendas, pero en este caso se encontrarán con sus “Artículos varios”, una serie de textos que, en su mayoría, fueron publicados en diferentes diarios de su época. Si quisiéramos categorizar estos artículos podríamos decir que son ensayos, crónicas y/o reflexiones que esgrime el autor sobre diferentes situaciones experimentadas, lugares, temas y hasta hechos que su magnífica mente esbozó, casi jugando.

Y si bien estos alcanzan un número considerable, en este libro encontrarán una selección, la cual coincide con la edición disponible en la web www.elejandria.com. Aunque también ha sido cotejada con artículos de es.wikisource.org/wiki/ y del libro “Obras de Gustavo A. Bécquer”, undécima edición, tomo tercero, de la Librería “Fernando Fé”, Madrid.

Al finalizar sus relatos se encontrarán con información acerca del autor y sus obras en general. Además, de cada uno de los artículos he realizado una síntesis con un breve, si se quiere, análisis de ellos y apreciaciones personales, las cuales pueden ayudar a completar la comprensión de los artículos.

Finalmente hay una propuesta de trabajo, elaborada de manera tal que cualquier persona, en una posición de profesor, coordinador de taller, maestro, monitor, etc., que guste del autor que nos convoca, pueda llevarla a cabo.

Deseo que disfruten de las historias que este libro alberga; que les resulte ameno este “paseo” a través de las palabras que nos regala Bécquer, que se sumerjan en sus relatos, y salgan a la superficie para ampliar todos los conocimientos que su curiosidad les requiera.

*A mi familia, mis amigas, amigos, compañeras
y compañeros de trabajo...*

*Por apoyarme, animarme y darme fuerzas,
aún en la distancia.*

A Fran J. Tapia Lobo...

*Por la oportunidad de crecer, por confiar en
mí, por darme la posibilidad de hacer este
libro y por confiar en mí.*



LIBROS CON
ATENEA

PRESENTA

Artículos varios

Gustavo Adolfo Bécquer

Recopilación de Jaquelina Tesei

Noviembre 2024



Justus Wolfgang Beckmann

CASTILLO REAL DE OLITE.

Notas de un viaje por Navarra

La ciudad de Olite, célebre en la historia de Navarra por haber tenido en ella asiento algunos de sus reyes, está situada a la margen derecha del Zidacos y en una dilatada llanura, que riegan y fecundan las aguas de este río. Tal vez para mal de sus intereses materiales, pero indudablemente para bien del artista que busca en los pueblos de la vieja España rastros de otros siglos y otras costumbres, la moderna civilización no ha llevado aún la manía de las demoliciones y las restauraciones a Olite; de modo que todavía pueden admirarse algunos notables vestigios de su esplendor pasado.

La ciudad debe su origen a la época goda en que la fundó Suintila, con el nombre de Ologito; pero de estos remotos tiempos, apenas se conserva más que la memoria del sitio que ocuparon algunos muros; pues los restos que aún se señalan como primitivos, no lo parecen.

La invasión árabe la redujo a ruinas, y después de reconquistada, comenzó a repoblarse a principios del siglo XII, creciendo poco a poco en importancia hasta llegar a ser asiento de los reyes navarros, y ver celebrar cortes importantes en su recinto.

La ciudad de Olite, aunque pequeña, anuncia desde su entrada la importancia de que gozó en un tiempo, y permite que se note a primera vista el carácter religioso y guerrero, que campea en sus monumentos más célebres. Cuando llegamos a la población, la noche había cerrado por completo y las grandes masas verticales de sus bastiones, que se destacaban oscuros sobre el cielo estrellado y de un azul intenso, parecían los gigantes guardianes de la antigua e imponente puerta ojival que da paso a su recinto. A la luz de un pequeño farolillo, que colgaban delante de un retablo empotrado en el grueso del muro, pudimos distinguir algunas figuras típicas de jornaleros del país, que volvían a sus hogares con los instrumentos de la labranza al hombro y que al entrar saludaban devotamente a la imagen.

Una calle corta, oscura y formada por casas desiguales y caprichosas, entre las que descollaban algunas, cuya masa imponente y denegrida acusaba su antigüedad, nos condujo a una gran plaza donde, según las indicaciones que traíamos, se debía de encontrar nuestro alojamiento. La posada, parador o mesón donde al fin nos instalamos, a juzgar por la rápida y escudriñadora mirada que dirigimos a nuestro alrededor al traspasar sus umbrales, era una copia fiel de los históricos mesones que ya habíamos examinado en Castilla, y para cuya descripción puede aún aprovecharse algún párrafo de Cervantes. Con tal escrupulosidad

se conservan en algunos puntos de España, la tradición de estos establecimientos públicos.

No obstante, y en honor de la verdad, debemos decir que la cama y la cena sobrepusieron en bondad a la triste idea que de antemano nos habíamos formado de ellos, juzgando por el exterior del alojamiento.

Al día siguiente nuestro primer cuidado fue visitar el Castillo Real. La fundación de este castillo o su completa renovación data del primer tercio del siglo XV, y se debe a D.

Carlos III, de Navarra, llamado el *Noble*, el cual tuvo de ordinario en él su residencia. Hoy día es difícil determinar precisamente la planta de esta obra, de la que solo quedan en pie muros aislados cubiertos de musgo y hiedra, torreones sueltos y algunos cimientos de fábrica derruida, que en ciertos puntos permite adivinar la primitiva construcción, pero que en otros desaparecen sin dejar huella ostensible entre los escombros y las altas hierbas que crecen a grande altura en sus cegados fosos y en sus extensos y abandonados patios.

Sin embargo, la vista de aquellos gigantes y grandiosos restos impresionan profundamente y por poca imaginación que se tenga, no puede menos de ofrecerse a la memoria al contemplarlos, la

imagen de la caballerescas época en que se levantaron.

Una vez la fantasía, templada a esta altura, fácilmente se reconstruyen los derruidos torreones, se levantan como por encanto los muros, cruje el puente levadizo bajo el herrado casco de los corceles de la regia cabalgata, las almenas se coronan de ballesteros, en los silenciosos patios se vuelve a oír la alegre algarabía de los licenciados pajes, de los rudos hombres de armas y de la gente menuda del castillo que adiestran a volar a los azores, atraíllan los perros, o enfrenan los caballos. Cuando el sol brilla y perfila de oro las almenas, aún parece que se ven tremolar los estandartes y lanzar chispas de fuego los acerados almetes; cuando el crepúsculo baña las ruinas en un tinte violado y misterioso, aún parece que la brisa de la tarde murmura una canción gimiendo entre los ángulos de la *Torre de los Trovadores*, y en alguna gótica ventana, en cuyo alféizar se balancea al soplo del aire la campanilla azul de una enredadera silvestre, se cree ver asomarse un instante y desaparecer una forma blanca y ligera.

Acaso es un girón de la niebla que se desgarras en los dentellados muros del castillo, tal vez su último rayo de luz que se desliza fugitivo sobre los calcinados sillares, ¿Pero, quién nos impide soñar que es una mujer enamorada, que aún vuelve a oír el eco de un cantar grato a su oído?

Para el soñador, para el poeta; suponen poco los estragos del tiempo; lo que está caído se levanta, lo que no ve lo adivina, lo que ha muerto lo saca del sepulcro y le manda que ande, como Cristo a Lázaro. Para el arqueólogo no se conservan en el castillo de Olite más que un determinado número de torreones, cuadrados los unos y cilíndricos los otros, que refuerzan exterior e interiormente el doble lienzo de muralla que aún se tiene en pie y algunas construcciones aisladas, enriquecidas de lujosos ornamentos y que recuerdan al destacarse sobre el cielo, el airoso perfil de los minaretes moriscos. Un lienzo de dobles arcos ojivales, sostenido por los estribos de un vano de medio punto que parece haber formado parte de una galería interior del palacio, se ostenta aún con toda su elegante esbeltez hacia la parte de la torre llamada del homenaje; varios escudos esculpidos en berroqueña, algunos ricos fragmentos mutilados y esparcidos por el suelo, y restos de atauricado mudéjar, pertenecientes sin duda a la ornamentación de las estancias, son mudos testimonios de la grandeza de esta magnífica obra y curiosos ejemplares del estado de las artes en la época a que se debe la fundación del castillo, que aún se conservaría en buen estado, si durante la última guerra civil, un célebre General no le hubiese entregado a las llamas.

Antes de volvernos a la población y después de haber arrojado una última y dolorosa mirada sobre los imponentes reatos del famoso castillo, nos dirigimos a Santa María la Real, iglesia que se encuentra en las inmediaciones de estas ruinas, y junto a la cual se observan aún ciertos huecos y excavaciones que recuerdan el gran proyecto de Don Carlos III el Noble. Este rey, según Mariana, pretendía unir los dos pueblos (Olite y Tafalla) con un pórtico o portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.

Es creencia vulgar en este país, que tal camino ha existido; pero lo cierto del caso parece ser, que el Rey navarro murió sin llevar a cabo su empresa.

11 de marzo de 1866.